

LOS OTROS GERUNDENSES

Farri Danés, un hombre que supo vencer a la vida

La verdad es que después de entrevistas así, como ésta, sale uno más reconfortado, con más ganas de vivir. Conocíamos a Farri Danés de hace tiempo atrás. De su época de jugador de fútbol. Habíamos hecho más de un viaje y habíamos vivido ese mundo del fútbol que tiene tantas cosas malas... y tantas cosas buenas. Pero eso es sólo una parte. La vida planteó serios problemas a Farri Danés. Pero él ha sabido —ya lo creo que ha sabido— poner más vida, más fuerza, más ilusión...

— Hablamos cuando quieras. Mejor a primera hora. Te espero en el despacho.

Y hacia allí fuimos. Un despacho en MercaGirona.

— ¿Qué ves desde este despacho?...

— La verdad es que no estoy mucho en él. Estoy más en el trato con el cliente, abajo. Pero la verdad es que cuando ya tengo la tarea hecha subo aquí y me relajo. Me refugio un poco. Y sobre todo, contacto con los amigos. Lo que tengo claro es que, desde el accidente, dependo más del teléfono que de otra cosa. ¿El despacho? Es un poco mi pequeño refugio y mi base de operaciones...

— Porque aquí, a MercaGirona, vienes muy a primera hora.

— Sí. A las cuatro de la mañana. Pero no me preocupa. Lo he hecho siempre. Y me gusta. Es como un vicio. Porque no haría falta. Tengo gente en mi empresa que merece toda la confianza y saben hacer. Pero es que estar aquí a esa hora no es para mí ningún problema ni ningún trauma...

— Farri. Tenemos que hablar de eso. De tu accidente...

(Lo recordamos. Era un agosto del año 79. Nos llegaba la noticia: «Farri ha tenido un grave accidente. Está entre la vida y la muerte. Sus piernas perdidas fue el cambio que le pidió la vida...».)

— Hay que hablar de eso. Porque eso es parte de tu vida...

— Sí. Claro. Mira. ¿Quieres que te diga una cosa? He cambiado. Y he cambiado positivamente. Ese accidente me ha servido para

entender la vida de otra manera. Y es que muchas veces no le damos a la vida la importancia que tiene hasta que pasan cosas así...

— Pero Farri. Es muy duro eso, ¿no?

— Lo es. Pero ya te digo que cuando estás dentro, cuando sientes de cerca, en tus propias carnes, ese golpe bajo de la vida, empiezas a vivir de otra manera. Tú sabes que pasé mucho tiempo en el hospital, y puedo decirte que lo que yo tengo no es nada comparado con lo que tienen, con lo que pasan otras personas. Y conste que no te hablo así por simple resignación, sino por total convencimiento. He aprendido a mirar otras cosas. Estoy más con mi familia, con los míos... Y me he dado cuenta del valor de muchas cosas pequeñas...

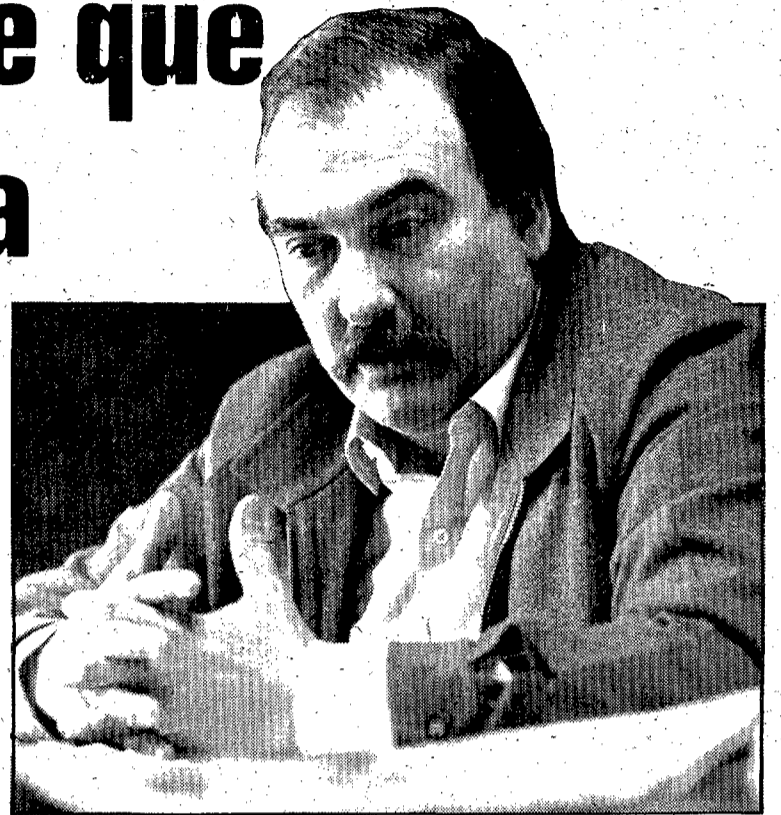
— Damos un salto hacia atrás, Farri. Tú nacés en Santa Coloma de Farners. En el año 1943.

— Pero sólo nacer. Al poco tiempo nos vinimos a Girona. Mi padre empezó el negocio de frutas aquí. Mi padre era de Sant Hilari. Pero tenía un gran espíritu de trabajo y superación. Nos vinimos a Girona. Y yo fue a estudiar a la Salle. Hice peritaje mercantil y dejé los estudios. Me fui ocupando del negocio paterno. Yo le tengo que agradecer a mi padre esto, porque desde joven aprendí lo que es trabajar duro y conocer detalle a detalle todo ese complejo mundo del negocio...

— Yo jugaba con la Salle. El Girona se interesó por mí. Pero tuve una enfermedad y entre los 16 y los 17 años estuve sin jugar. Empezaba a

«Mifas se ha hecho con el esfuerzo de mucha gente»

trabajar fuerte en el negocio. Y la verdad es que hubiera dejado el fútbol si no hubiera sido por l'avi Julià. El fue quien me convenció y me puso en el Deportivo. Teníamos un gran equipo. Recuerdo a Vivolas, Saeta, Samsó, Barceló, Giral... Luego pasé al primer equipo, con Pujolràs de entrenador. Luego, al Olot. El año del campeonato. Era el «gran Olot», con Parés, Morchón, Rodri, Coll, Salvi... Fue la temporada que jugué más a gusto al fútbol. Había un gran equipo. Lástima que no subimos. Pero lo piensas bien y a lo mejor, si se asciende, hubiera cambiado mi vida... Luego, el accidente de mi padre, su muerte... Dejé el fútbol. Hasta que un buen día —mejor dicho, una buena noche— me llamaron Xavi Agustí y Maurici Duran. Me llevaron al Banyoles. Querían hacer un equipo de amigos. Y así fue. Fueron aquellos los mejores años de mi vida, por lo que supusieron de amistad. Los jugadores éramos, sobre todo, amigos. Me acuerdo de Saeta, de Carrasco, de Lucero, de los hermanos Franch... Pero llegó un momento en que no quería hacer el ridículo en el campo y lo dejé. Aunque el gusanillo seguía y me metí en el fútbol de empresas. Hasta que llegó mi accidente. Si no, todavía estaría



dando patadas a un balón...

— Otra vez ese punto...

— Pero es que está ahí. Y hay que hacerle frente. Como lo hice yo. Tal vez sea un don especial. Yo doy muchas gracias a Dios por esta fuerza que me ha dado. Y de la que ha dado a mi familia. Mira, yo esto que te voy a decir ahora, no lo he dicho nunca. Pero hay minusválidos cuyo principal problema es la familia, aunque parezca lo contrario. Por suerte yo no he pasado por eso. Tanto mi esposa como mis hijos aceptaron las cosas desde el primer momento y me han ayudado mucho. Y de una forma natural sin forzar situaciones...

— Y es entonces cuando te lanzas a la aventura de Mifas...

— Sí. Yo sabía que había minusválidos. Pero igual que otras muchas personas, no me daba cuenta. Luego, lógicamente sí. Y enseguida pensé que había que hacer algo. Un buen día Joan Soliguer me llevó a una reunión. De allí salí ya de la junta. No sabía ni qué es lo que se podía hacer. Pero quise hacer. Y había que lanzar Mifas porque hay mucha gente que la necesita. Empezamos a contactar con gente, nos llegaron las primeras ayudas. Pero no eran suficien-

tes. Entendimos que Mifas no podía ser solamente «los cuatro de la junta». Y fuimos sumando a unos y a otros. Queríamos que el socio se integrara en la sociedad. Era muy difícil. Y nos encontrábamos muchas veces con que era el propio minusválido el que no estaba mentalizado para entrar en la sociedad. Hubo que hacer un trabajo duro. Y lo primero intentar que el minusválido encontrara trabajo. Por eso creamos una escuela que fue el inicio de lo que hoy es la escuela de Palau. Y tardamos un par de años en poner en marcha una cooperativa de trabajo, que va bien. Y tuvimos el local. Pero todo eso se logró gracias a que encontramos gentes que quisieron trabajar para Mifas. Ahora soy un socio más. Han sido años muy duros. Y ese trabajo «quemado». Pero ahí está la obra de todos. Está, por ejemplo, lo que hemos conseguido al dar trabajo a gente muy diversa. Y los parkings para ayuda de la sociedad. Ahora se quiere poner en marcha una residencia para que los minusválidos que vengan a Girona y tengan que pasar una noche o unos días aquí, se encuentren con una casa donde no haya esas barreras arquitectónicas...

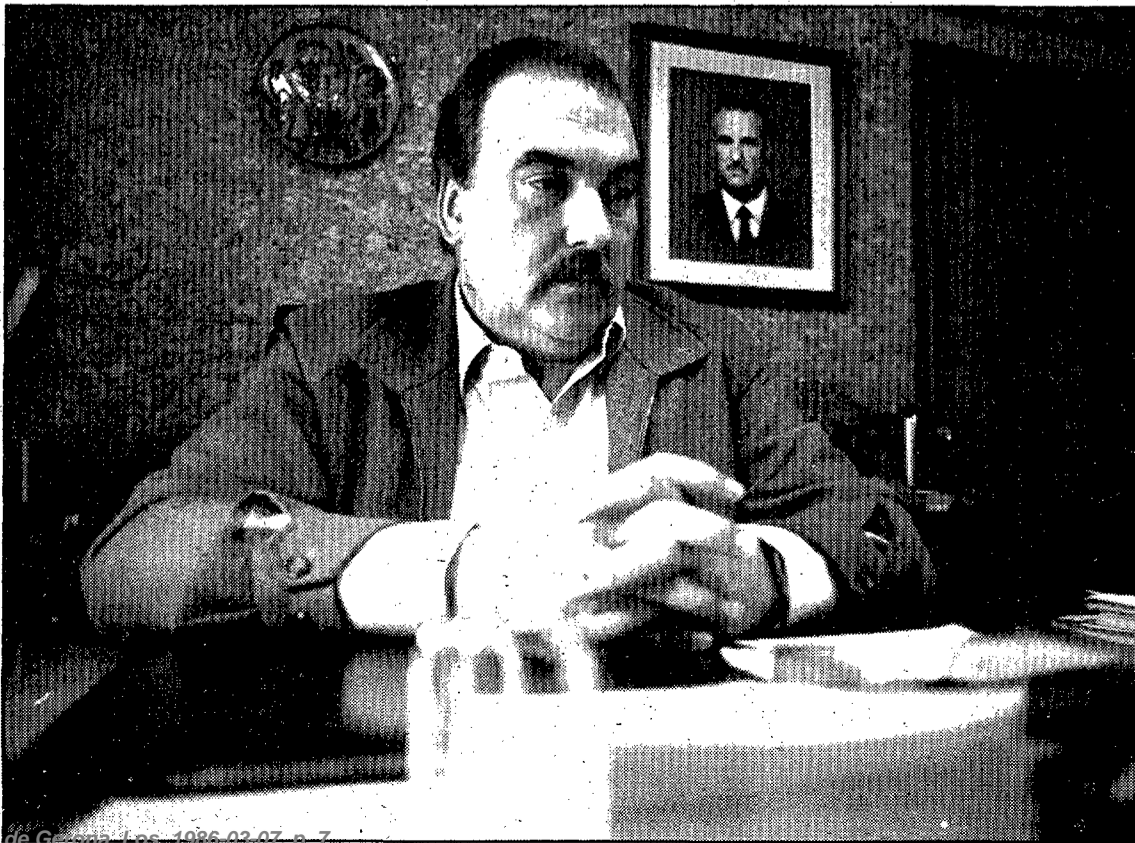
— Farri. Efectivamente ahí está Mifas. Tú, ahora, desligado un tanto de la asociación, pero dispuesto a volver si hiciera falta. Vamos a acabar. ¿Eres feliz?

— Sí. Lo soy. Y mucho. Y tal vez más que antes. La vida me ha hecho cambiar positivamente. Y vivo más, con más intensidad. Ya sé que hay cosas que no puedo hacer. Pero la felicidad está en muchas otras partes. En la familia, en los hijos...

— Y en los amigos...

— Es verdad. Los amigos. Esa es mi gran suerte. He tenido y sigo teniendo grandes amigos...

Luego, seguimos hablando. De muchas cosas. De los hijos, de los amigos, del trabajo... Le dejamos en su despacho. Farri Danés sigue allí, cada día, viviendo. Y su obra —aunque él diga que Mifas es cosa de todos, sabemos que gran parte es obra suya— sigue adelante. Desde aquel mes de agosto de 1979, Farri Danés, uno de tantos «otros gerundenses», se colocó en el centro del área, se lanzó en plancha y, con el corazón y la cabeza, le marcó un gran gol a la vida. Su mejor gol...



«Al minusválido hay que ayudarle... pero con naturalidad»

Una serie de entrevistas de Félix Bouso Mares con fotos de Carlos Sans.